

La higuera infinita Profundamente autobiográfica, hasta el punto de aparecer bajo el seudónimo de Victoria Lucas cuatro meses antes de su suicidio, 'La campana de cristal' contiene una imagen, una parábola que define muy gráficamente a Plath: "Vi la vida ramificándose ante mí igual

por PILAR
GÓMEZ

«La despedida es irrevocable y definitiva. Nunca he podido comprender por qué no es este el poema final del libro». Es la nota que escribe Ramón Buenaventura, mítico traductor y responsable de la edición de *Ariel* (el poemario que Sylvia Plath alumbró en su último año de vida y que vio la luz de forma póstuma) en la editorial Hiperión sobre *Filo*. Se trata de un poema crónica. Un poema despedida donde Plath escribe su «hasta aquí hemos llegado».

Y lo hace así de literalmente después de un último año en una casa donde iba a encontrar su sitio en el mundo y lo que encontró fue la antesala de la muerte, convertida en todo lo que no quería ser y haciendo todo lo que no quería hacer. «Líbreme de cocinar tres veces al día, líbreme de la inexorable jaula de la rutina y la costumbre», había escrito en una carta a su madre. Pues bien, todo lo que no quería hacer ni ser se había convertido en el pan suyo de cada día en la enorme casa de Devon donde había ido a parar convertida en abnegada esposa y madre, pero exiliada de la escritura.

¿Qué quería ser Sylvia Plath? También a esta pregunta dan respuesta sus escritos más íntimos: «Creo que me gustaría llamarme 'La chica que quería ser Dios'». La que amaba la libertad, la que deploraba restricciones y limitaciones, como también dejó escrito, esa también era Sylvia Plath. Tres décadas de vida le bastaron para desarrollar una obra decisiva para la poesía, con *Ariel* a la cabeza, y para la narrativa feminista, con la novela en clave *La campana de cristal*.

Nacida en Boston en 1932, a los ocho años Plath se quedó huérfana de padre y con una madre que era más ausencia que presencia. Pronto aprendió a ser independiente, a trabajar mucho y bien. Era una alumna brillante allá donde pasaba, autoexigente, perfeccionista hasta la patología. Escribía poesía, relatos, no descuidaba los diarios... El verano de 1953 marcará decisivamente su vida y su carrera tras pasar un mes en Nueva



El verbo explícito de Sylvia Plath

Dos mujeres irreconciliables habitaban en Plath, la que quería escribir y la que quería vivir. La de carne y hueso se quitó la vida hace 60 años y dejó vía libre a la inmortal autora de 'Ariel'

York como redactora invitada por una revista, gracias a la cual conoce la frenética y salvaje vida social de la ciudad. Le fascina todo, empezando por sus compañeras de estadia, tan distintas, tan distantes, tan niñas bien, con tantas ganas de encontrar un buen marido... Ella, que no sabe bien qué quiere —como plasmará luego en la mítica imagen de la higuera de *La campa-*

que la higuera verde del cuento. De la punta de cada rama, un succulento higo morado me atraía y me tentaba. Un higo era un marido y un hogar feliz y niños, y otro higo era una famosa poeta, y otro higo una brillante

profesora (...) Me vi sentada en la horcadura de la higuera, muriendo de hambre, sólo porque no podía decidir cuál de los higos deseaba. Los quería todos, pero elegir uno significaba perder todos los demás..."

na de cristal— sabe bien qué es lo que no quiere: todo lo que ambicionan sus compañeras.

¿Quién es ella? ¿Qué va a hacer con su vida? Plath no saldrá indemne de aquella experiencia que le abre los ojos al mundo para darse cuenta de que el

mundo no era como había creído y querido. Cortes, electrochques, pastillas... A partir de entonces dos

Sylvias Plath habitan ese cuerpo bello y frágil: la que quiere vivir y la que siente que tiene que escribir. Y no se llevan nada bien entre ellas. La que quiere vivir sigue sacando buenas notas, obtiene becas, viaja, se enamora, se casa, espera a un hijo y luego otro... Toma ventaja. La que quiere escribir no la soporta, se encara con ella, le reprocha avanzar en la dirección equivocada, casarse, someterse, limitarse, consentir todo aquello que había rechazado.

En compensación, esta Sylvia Plath que susurra, anhela y maldice se desquita con versos inmortales de una hermosura que aterra. Si escribir es escribir siempre contra algo, Plath tiene para elegir: escribe contra las convenciones sociales asfixiantes, contra el suave fascismo familiar y doméstico, contra su marido al que creía un igual y se ha convertido en inhibidor de su talento... Finalmente escribe contra ella misma por no decir esta soy yo, este caos que bulle merece ser escrito y leído: «hasta aquí hemos llegado».

Lo escribirá en *Filo* y en los demás poemas que componen *Ariel*, el extraordinario libro que parirá con dolor en su último año de vida en la casona de North Tawton, Devon. Así, entre reuniones de apicultores, mermeladas caseras, trabajo en el campo, embarazos, abortos y crianza, entre el descubrimiento de la traición de su marido y la constatación de su desprecio, van apareciendo los temas, los poemas y los versos que convertirán en polvo a la mujer inadaptada a la vida que era Plath y harán surgir la leyenda de la colosal poeta que también era. **L**

PLATH EN
LOS AÑOS
50. EVERETT
COLLECTION

El canto de cisne de una poeta destruida

por P. Gómez

Señala Elin Cullhed (Upsala, 1983) en la primera página de *Euforia*, el libro que recrea la época en la que, embarazada de su segundo hijo, Sylvia Plath y su marido Ted Hughes se embarcan en el bucólico proyecto de renovar una antigua rectoría en la campiña inglesa, que no se trata de una autobiografía, que es ficción y fantasía literarias y que, por tanto, Sylvia Plath se ha transformado aquí en un personaje de ficción. Hasta ese punto es fiel a su memoria y su legado: la operación la realizó la propia Plath. El personaje Plath de Elin Cullhed releva así al personaje de Esther Greenwood, que inventó la propia Plath.

La pareja que formaron Hughes y Plath no era como las demás. Escritores, poetas ambos, cuando entre ellos se preguntan «¿estás escribiendo?» es como si uno preguntara a otro si está hurtando fondos de la cuenta común. El gran delito, el gran reproche. Es difícil de entender si no se concibe la escritura como alimento, algo con lo que disfrutar, padecer y, en todo caso, algo indispensable para vivir. Y él podía (escribir y vivir) y ella no. Por



**ELIN
CULLHED
EUFORIA**

Traducción de Ainize Salaberri. Navona.
344 páginas. 22,50 €

varias razones, pero una muy poderosa era que tenía una hija y luego un hijo y eran suyos. Y aunque eran también de Ted, eran suyos a la hora de preparar comidas, baños, sonar mocos, jugar... No eran tanto de Ted, que salía, decidía si cocinaba o no, se retiraba a leer...

Plath con una inmensa casa a su cargo, una niña pequeña y un embarazo no decidía más que entre la multitud de tareas que siempre aguardaban. Y ella, como grita en las primeras páginas de *Euforia*: «¡Quería escribir! ¡Quería hacer pan! ¡Quería vivir como Ted!». De hecho, ante la evidencia de no poder ser Dios, ser Ted tampoco parecía mala opción.

En su último año de vida, en la casa de Devon, Plath se hace pequeña, insignificante para los editores, para Ted, para el mundo que rodea la literatura y que

no es literatura mientras crece en ella el verdadero monstruo literario. Ella no quiere ser la esposa, la madre labriega en la que se ha convertido. Se detesta por ello y quiere desaparecer: «Me decapité en mi mente con un hacha grande y gruesa. Salté y pisoteé mi propio cuerpo». Y también quiere venganza para su rabia: dominación, embarazos, anulación y mastitis para todos, empezando por el culpable.

En medio de esta furia el armisticio llega en forma de carta: se publicará *La campana de cristal*. Ella se siente poderosa, cerca de ser Dios porque, en la casa de los escritores, Ted «estaba un escalón por debajo». En realidad, donde estaba Ted era en otra parte ya y con otra mujer. Assia Wevill había llegado y Ted se había marchado natural y casi inexorablemente como los ciclos de la naturaleza, tan presentes en aquella casa donde Sylvia se queda sola, abandonada. La misma casa cercana al cementerio, cuyo halo había resultado contagioso. «Nuestra casa también era una lápida», se lee en *Euforia*. Pero *Señora Lázaro*, uno de los poemas que escribe en esa época, está acostumbrada a morir, recomponerse, resucitar... De hecho necesita morir para resucitar. En la casa de Devon ya ha muerto, ha de buscarse otro lugar para volver a vivir y, acaso, volver a morir. Lo encuentra de nuevo en Londres, donde la aguarda su nueva vida y una muerte definitiva. **L**